

Entrañamientos: apropiación/consustanciación

Eva Grosser Lerner*

*Esforzándonos por alcanzar el fondo
sólo removemos el limo.*
George Steiner, 1980.

Si la antropología —superando cualitativamente sus orígenes coloniales— ha llegado a ser la ciencia que estudia de modo integral la actividad humana y sus manifestaciones culturales, mientras que, en su acepción más específica, la literatura es el arte que emplea la palabra como modo de expresión y representación del mundo con valores señaladamente estéticos, la relación e interpenetración de ambas actividades pone en juego vínculos, confluencias y tensiones entre los conceptos de verdad y belleza que, desde la Grecia antigua y aún antes, en las civilizaciones orientales, se consideraron íntimamente entrelazados.

Ambas disciplinas constituyen formas emparentadas de manipulación, apropiación y consustanciación del saber y la percepción del mundo estrechamente ligadas, que utilizan la palabra como elemento común fundamental.

Entran en escena así ideas, áreas, expresiones de concordancia y contradicción que son más profundas, más complejas y que van más allá de las habituales circunstancias capaces de generar belleza en un texto científico o verdad en una producción artística.

Conocimiento y goce estético no podrían relacionarse, por momentos confundirse hasta casi no poder distinguirlos y siempre dialogar, si no hubiera una noción más amplia que los abarcase: el *entrañamiento* nombraría la unicidad del hecho simultáneo de *entrañar* (contener, ser y llevar en sí el mundo) y de *entrañarse* (estar inmerso en las entrañas del mundo).

Arte y ciencia, verdad y belleza, constituyen dos modos disímiles pero compatibles, interrelacionados y hasta complementarios de lo que podríamos considerar el fenómeno cultural por antonomasia: la simultánea, aunque aparentemente contradictoria, *apropiación del y consustanciación con* el universo.

Literatura etnográfica, antropología literaria

Han merecido escaso abordaje sistemático la reflexión y el análisis sobre las relaciones existentes entre los quehaceres antropológico y literario. Ello se explica, quizá, por la complejidad, dispersión, variedad e interpenetración de discursos observables en la producción académica de antropólogos y literatos, ya sea desde la percepción cognoscitiva como desde la sensorial. A tales discursos se suman los derivados de la multiplicidad y heterogeneidad de los testimonios que surgen desde los mismos pueblos a través de la literatura oral tradicional, así como de

* Dirección de Lingüística, INAH. evaedu_2002@yahoo.com.mx

las recopilaciones y re-creaciones que pudieran servir para comprender las diversas maneras de percibir, representar y explicar procesos y cosmogonías.

Tal como ocurre desde comienzos del siglo xx con los desarrollos de la Física —que toman en cuenta la acción del sujeto cognoscente sobre el objeto del conocimiento en el acto de conocer— algunos importantes estudios contemporáneos de antropología y de literatura conciben al investigador o al autor como testigo participante en el abordaje



de los hechos sociales que analiza o de las ficciones que narra, ya se trate de un estudio científico, de un ensayo o de la interpretación o elaboración de la realidad desde la creación literaria.

Ambas actividades, antropología y literatura, consideran al lenguaje, en su forma oral o escrita, como instrumento o elemento esencial, aunque sus expresiones sean distintas. Pero una serie de textos y estudios, que transitan una franja aparentemente interdisciplinaria, se han califi-

cado indistinta y alternativamente como *literatura etnográfica* o *antropología literaria*, sin que sus espacios se hayan diferenciado con claridad.

En años recientes las ciencias antropológicas y la literatura han estado desarrollando nuevos sistemas conceptuales para analizar temas que tienen en común. La semiótica se ha constituido en un instrumento teórico metodológico desde tradiciones antropológicas, lingüísticas y literarias. Aparecen así propuestas que permiten distinguir lo explícito de lo implícito en el significado de la simbología explicativa, cognitiva, metafórica, de los enunciados observables en la narrativa, según los diversos contextos culturales, cuyos sentidos sería imposible descifrar solamente desde una mirada unilateral. No obstante:

Todo lo que el etnólogo puede hacer es decir a sus colegas de otras disciplinas: la verdadera cuestión es el lenguaje. Resolvamos el problema del origen y la naturaleza del lenguaje y podremos explicar lo demás: qué es la cultura y cómo ha sido que ha aparecido; qué es lo que son el arte, las técnicas de la vida material, el derecho, la filosofía, la religión (Lévi-Strauss, 1971: 138).

La verdad en el arte y en la ciencia

El arte narrativo, la novela, el cuento o el poema, la obra teatral, pese a que no tienen por qué ser necesariamente “verdaderos” en el sentido literal de la palabra, ya que son o pueden ser indiferentes a esa condición de verdad o falsedad propia de la ciencia, sí requieren disponer de verosimilitud, tanto en el caso de presentar historias o situaciones “realistas”, como también en otros que prescinden de este recurso o condición: necesitan poseer, en todos los casos, lo que se ha dado en llamar “verdad literaria”.

Las novelas *Guerra y paz*, del escritor ruso Lev Nicoláievich Tolstói, o *Rojo y negro*, del francés Henri Beyle (Stendhal), son vastos frescos románticos de época que muestran con fidelidad realista la Europa del siglo xix. A su vez, existen otras obras de ficción que no pretenden reflejar puntualmente la vida real tal cual la vivimos cada día, pero que a veces llegan a mostrarla de un modo tanto o más convincente mediante muy diversos estilos. Buenos ejemplos son *El proceso*, del checo Franz Kafka, que nos introduce de un modo inigualado y anticipatorio al laberinto burocrático que empezó a agobiar la cotidianeidad de la gente a comienzos del siglo pasado, o la obra teatral del irlandés Samuel Beckett *Esperando a Godot*, que pone también en escena, con

sus diferentes y propios recursos, lo que se podría describir como “el absurdo de la condición humana”, en los tiempos contemporáneos.

A su vez el discurso antropológico, presentado como una forma expositiva neutra, libre de carga ideológica, no consiste tanto en reunir y exponer datos como en entenderlos y explicarlos: su objeto es la “realidad real”, la ciencia de lo concreto, pero su escritura no refleja sino una de las múltiples interpretaciones posibles de esa realidad o de las exterioridades de lo real, y se encuentra demasiado condicionada por los valores y los sustratos culturales, inseparables del autor, desde los cuales se realiza la observación.

Mientras el texto literario tiene una función emotiva, se dirige en parte al intelecto, a la conciencia racional, pero sobre todo incide en la fantasía, en la imaginación y en los sentimientos y las sensaciones como un conjunto, el texto antropológico posee una función informativa, explicativa o enunciativa. Sin embargo, estas diferencias entre el texto literario y el antropológico no son irreductibles sino que se trata de una cuestión de tendencias o de grados.

La narración como forma del conocimiento

Los estudios etnográficos y etnológicos son las principales disciplinas contemporáneas que han utilizado la narrativa para reconstruir e intentar dar testimonio de los procesos culturales de los pueblos, para comprender así la racionalidad de sus respectivas cosmovisiones. De modo confluente, la literatura oral y la tradicional escrita —a diferencia de algunas disciplinas de las ciencias sociales (distinción que permite delimitar con notable precisión las fronteras entre la antropología cultural y la literatura)— reproducen y ponen de manifiesto las maneras de sentir y de vivir de los pueblos, exponiéndolas sin más.

Ciertas teorías antropológicas de origen eurocentrista tienen bases conceptuales diversas, aunque complementarias, respecto de sus desarrollos actuales en nuestro medio latinoamericano y caribeño. Algunas de éstas se sustentan en el pensamiento grecorromano, otras en el judeocristiano y otras más en el anglosajón. Todas ellas, junto con las propuestas del pensamiento materialista dialéctico, se han visto relativamente limitadas para entender la lógica del pensamiento, la cosmovisión y la cosmogonía de los pueblos indoamericanos.

La aplicación crítica de las teorías construidas sobre la base de realidades distantes de nuestro continente ha posibilitado que intelectuales de América ejerciten maneras de

expresar que se perfilan como formas de construcción de una narrativa etnográfica.

En tal sentido, los aportes de José María Arguedas (1911-1969) sobre los pueblos andinos; José Hernández (1834-1886), Lucio Victorio Mansilla (1831-1913) y Ricardo Güiraldes (1886-1927) sobre los gauchos y los indígenas de la pampa argentina; Juan Rulfo (1918-1986) y Rosario Castellanos (1925-1974) sobre el México profundo; Hans Ruesch (1913-2007) sobre los esquimales; Paulo Carvalho-Neto (1923) sobre Brasil y Ecuador; Jorge Icaza sobre Ecuador; Félix Coluccio sobre América toda, por sólo mencionar algunos nombres, constituyen una narrativa literaria con sustento etnográfico. En otras palabras, serían no sólo literatura sino también, de un modo u otro, etnografía, etnología o antropología escrita bajo formas literarias ajenas al marco conceptual de la antropología cultural y de la ciencia social eurocentrista.

La obra de Rosario Castellanos, *Balún Canán* (1957), *Ciudad Real* (1960) y *Oficio de tinieblas* (1967), por ejemplo, forman la trilogía de la corriente indigenista más importante de la narrativa mexicana del siglo xx.

Modelo emblemático es también el de José María Arguedas. El escritor peruano tuvo la particularidad de apropiarse de la voz del otro y transmitirla como si fuera suya. Gracias a su conocimiento de la geografía y del indígena de los Andes, de la lengua quechua y de sus expresiones musicales, pudo construir universos ficticios a través de los cuales rescató sus mitos y sus tradiciones ancestrales, reivindicó una visión animista del mundo y puso en tela de juicio algunas de las instituciones coloniales que, como es el caso de la hacienda, impidieron la creación de un verdadero mestizaje peruano. De ello dan testimonio obras tales como *Los ríos profundos* y *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.

Ficción, contexto y verdad

En algunas comunicaciones “científicas” la ficción se considera aún a menudo como un elemento negativo, una idea perniciosa y contaminante de la objetividad, del realismo y de la confiabilidad que deben caracterizar a los datos, métodos y textos de las disciplinas académicas. Pero las perspectivas contemporáneas dominantes, revalorizadoras de la hermenéutica y la literatura, incluyen la ficción como un recurso y una forma posible y necesaria en las investigaciones y comunicaciones antropológicas. La ficción hace así su aparición como resultado del carácter que

se le atribuye, en cierto grado artificioso, como inevitable condición para el conocimiento etnográfico, pues el análisis de la cultura es una ciencia interpretativa en busca de significaciones de las expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie.

Una de las primeras referencias respecto de la ficción en la ciencia antropológica afirma que: “Los escritos antropológicos son interpretaciones de segundo y tercer orden. De manera que son ficciones; ficciones en el sentido de que son algo ‘hecho’, algo ‘formado’, ‘compuesto’ —que es el significado de *factio*— no necesariamente falsas o inefectivas o meros experimentos mentales de ‘como si’” (Geertz, 1997: 28).

La antropología denominada “posmoderna” se caracteriza por su preocupación por el contexto. Esto se manifiesta, entre otras cosas, en la explicitación del marco de producción del conocimiento y del discurso etnográfico. El contexto es un factor imprescindible de la descripción etnográfica, pero las versiones experimentales lo relativizan. La interpretación, la escritura, la retórica, amplían la idea del contexto de la etnografía, que ya no se encuentra en una naturaleza objetiva y externa a ella.

El contexto etnográfico incluye al antropólogo en su oficio, en el campo y fuera de él, en las observaciones y en la escritura; es también el mundo intermedio creado en la experiencia inédita, que consiste en la interacción entre el antropólogo y los actores. La importancia de la ficción es que permite jugar con el contexto. Se trata de contextualizar la situación etnográfica, no para hablar realmente de ella sino para hablar significativamente a partir de ella.

Una vez explicitado el contexto, es posible modificar, interpretar o proyectar los contenidos a partir de él. La etnografía, permeada por la ficción, ya no desea representar mundos “realmente reales”; consciente de que esto es imposible, está más interesada en crear mundos “posibles o derivativamente reales” en —o a partir de— un contexto explícito de existencia y producción.

La idea de la ficción alcanza también al papel del antropólogo, que ya no es quien aporta la visión “oficial” sobre una realidad: su voz es sólo una de las voces posibles. Él es parte de lo que describe y, por lo tanto, debe hablar en primera persona, incluso cuando refiere los más diversos aspectos de su experiencia. Todos estos elementos permiten aspirar a que las buenas etnografías apunten a construir *buenas ficciones o ficciones verdaderas*.

Algunos autores conciben el concepto de ficción de un modo directamente relacionado con la escritura etnográfica, puesto que ésta, como aquélla, se enfrenta a la tarea

de comunicar mundos relativamente extraños a través de conceptos conocidos.

Para lograrlo, debe recurrir a estrategias textuales que le permitan construir ficciones persuasivas, porque preparar una descripción requiere estrategias literarias específicas. Una monografía se debe disponer de tal modo que pueda comunicar ideas originales.

Esta posición extrema surge de la convicción de que la etnografía siempre es escritura, y en ese contexto la ficción resulta una condición inevitable. Que un escritor escoja un estilo científico o uno literario señala el tipo de ficción que prefiere adoptar; así, no existe la posibilidad de escapar a la ficción.

Imaginación hipotética y opciones interpretativas

La idea de la ficción hace hincapié en dos cuestiones: la primera es que la teoría puede considerarse como ficción, en la medida en que su condición temporal de imaginación hipotética la asemeja a una ficción. La otra consiste en que la ficción permite jugar con el contexto, abriendo las posibilidades interpretativas del texto y permitiendo una nueva relación entre el escritor, el lector y el tema.

La etnografía experimental se mueve de manera ambivalente entre la retórica y la lógica, entre la escritura y el contenido, entre la argumentación y la narración. Marcus y Cushman (1982), ocupados con el problema de la escritura etnográfica, plantean que —al contrario de lo que ocurre con la lógica cuando se toma de modo excluyente de todo otro procedimiento— la moderna retórica de la etnografía mantiene una relación de equilibrio y complementariedad entre los recursos de la lógica y la argumentación en el proceso de construcción de conocimiento. Es decir, la etnografía experimental construye su conocimiento y su discurso mediante una actividad dialéctica entre la lógica de la argumentación y la retórica del texto.

Bajo la influencia de lingüistas como Sapir y Whorf, tales teóricos plantean que existen vínculos de dependencia entre lo que se comunica y la forma en que se expresa, o en otras palabras, entre el conocimiento y el lenguaje. Sin embargo, en la mayoría de sus expresiones la antropología experimental desestima los problemas relativos al contenido de la argumentación, subordinándolos a los mecanismos discursivos.

La retórica pretende problematizar y hacer visible en la etnografía el asunto de cómo comunicamos, de cómo creamos la impresión deseada. De esta manera la retórica

funciona no sólo como un arsenal para la construcción de etnografías sino también como una herramienta de análisis de las etnografías. La relación entre la retórica y la construcción del conocimiento esclarece la forma en que el lenguaje y la narrativa precodifican el objeto de investigación y los fundamentos de las explicaciones.

Riesgos de la preocupación por la retórica

El peligro de la preocupación por la retórica en la etnografía es que ésta derive en una inclinación descentrada y desequilibrada por los problemas introspectivos de la producción antropológica, despreciando o subestimando la participación de la alteridad y la situación de campo como coprotagonista y coproductora de la etnografía.

Para la etnografía que se autodefine como “posmoderna”, el trabajo de campo tradicional es una situación dispersa y asistemática de la cual, finalmente, surgen textos con pretensiones de verdad científica. Esta relación entre el trabajo de campo y los textos etnográficos consistiría y desembocaría en que la experiencia de campo pueda transformarse en textos analógicos y representacionales, puesto que inevitablemente interviene la subjetividad del observador: el gozne entre lo inteligible y lo sensible. El resultado sería, apenas, una versión más de la realidad que pretende describir, explicar y entender.

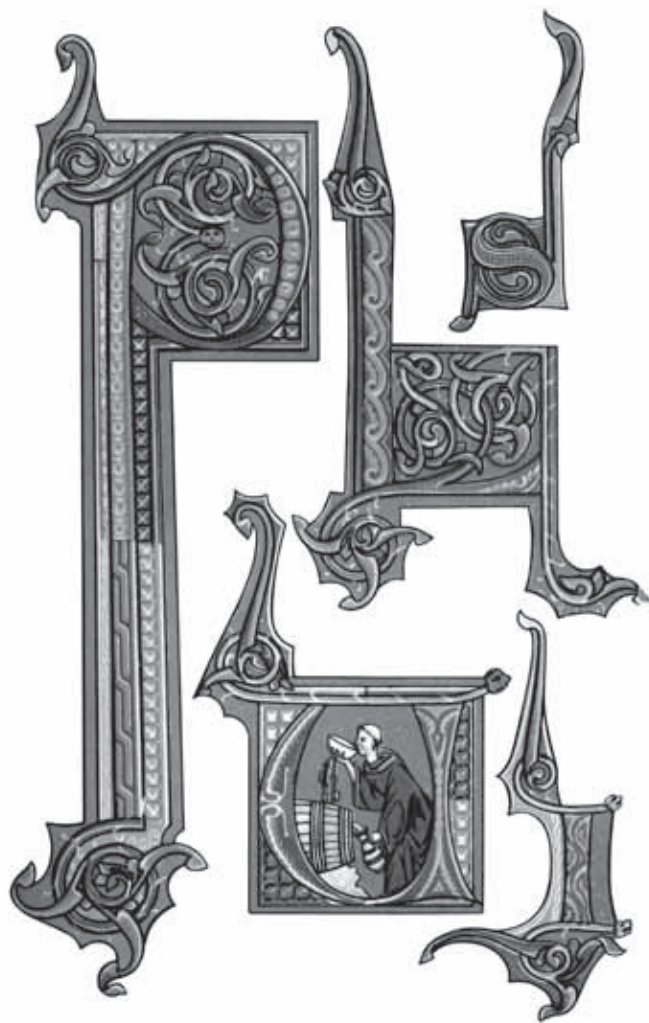
En su célebre discusión con Vladimir Propp sobre estructuralismo y formalismo, Lévi-Strauss acentúa la diferencia entre mito y literatura, incluyendo el cuento popular o folklórico y arrojando luz sobre esta problemática:

Lo que se descubre al leer estos libros es que la oposición —la oposición simplificada entre mito e historia— no se encuentra bien definida y que hay un nivel intermedio. La mitología es estática: encontramos los mismos elementos combinados de infinitas maneras, pero en un sistema cerrado, por contraposición a la historia que, evidentemente, es un sistema abierto (Lévi-Strauss, 1992: 22).

La literatura indígena

Carlos Montemayor (1947-2010) es un referente indispensable al hablar sobre literatura en lenguas indígenas. Para él, “la palabra *literatura* en realidad alude a la belleza de los cuentos o los poemas”, y en su opinión “no debemos llamar sólo así a lo que esté escrito” (Montemayor, 1995: 13).

El gran maestro chihuahuense organizó talleres literarios con hablantes indígenas de las lenguas mixe y zapoteco de Oaxaca, maya de Yucatán, totonaco de Veracruz, purhépecha de Michoacán, entre otras, sobre literatura en sus propias lenguas. Se proponía conocer las ideas y opiniones acerca de los cantos o los cuentos que tienen las personas que los saben o que los hacen, cómo los aprendieron y qué utilidad creen que eso tiene, con la finalidad de comprender su valor.



Al destacar la importancia de la oralidad frente a la escritura, Montemayor mencionaba en esas reuniones que en la antigua literatura griega no había diferencia entre los poemas que sólo se decían y los que se cantaban con flauta o se bailaban con otros instrumentos y coros. Se fueron transmitiendo de generación en generación sin que importara quién los había creado o quién los había modificado, datos, por lo demás, de imposible dilucidación: *La Iliada* y *La Odisea* son anteriores a la invención del alfabeto. Su supuesto autor, Ho-

mero, es una hipótesis, y su propia existencia estuvo rodeada de leyendas desde el siglo VI antes de nuestra era.

Sobre el complejo tema de la oralidad y la escritura cabe hacer aquí sólo algunos señalamientos básicos, “porque pasar de la oralidad a la escritura es algo más problemático que lo que un distraído podría suponer” (Dorra, 2008: 8).

Las primeras etapas de la antropología como ciencia se caracterizaban por señalar “una diferencia fundamental entre las sociedades con escritura, las cuales presentan casi necesariamente un alto desarrollo de la inteligencia analítica y de las técnicas de producción de la vida material que las instala en una línea evolutiva, y las sociedades de cultura oral, detenidas en las formas silvestres de relación con el mundo” (*ibidem*: 74).

A partir de mediados del siglo XVII los folklorólogos se dedicaron a recoger y clasificar el dilatado tesoro de la imaginación popular y de reflejar la diversidad de la materia, ponían de manifiesto la incierta ubicación del folklore entre la etnografía, la etnología y la antropología. A mediados del siglo XIX el concepto empezó a aplicarse al conjunto de producciones verbales: cantos, leyendas, proverbios, adivinanzas, etcétera. Aunque la transmisión oral de los mensajes tiene la antigüedad del hombre, el concepto de oralidad y la oralidad como tal es reciente, motivada por otro conjunto discursivo que se llamó *literatura*. Antes se escribían tragedias y odas o novelas o sonetos, no *literatura*. Dorra (*ibidem*: 90-91) argumenta que “la oralidad, la pura oralidad, es el terreno donde se levanta nuestra vida emocional, y al que regresan constantemente nuestros instintos y pulsiones”.

La extinción de las lenguas indígenas

Cuando en 1821 México declaró formalmente su independencia política de España, 66% de la población eran indios que hablaban más de ciento cincuenta idiomas de origen prehispánico; pero, con excepción de selectos grupos letrados de algunas de las etnias dominantes, los pueblos indígenas no sólo no leían ni escribían sino que en la mayoría de los casos ignoraban que se podía escribir o desarrollar algún tipo de representación gráfica del lenguaje.

Mi experiencia de trabajo de campo en la recopilación de relatos de tradición oral en lengua chocholteca/*ngigua*, perteneciente a la familia popoloca (junto con el mazateco, el ixcateco y el popoloca), la cual se halla en avanzado proceso de extinción, fue muy aleccionador.

Mi principal informante, don Rutilio Jiménez Andrés (hoy de 83 años) no fue en realidad un narrador en el sen-

tido estricto de la palabra, ni yo fui una legítima interlocutora, sino que los registros publicados (Jiménez Andrés: 1999) son el resultado de una ardua y minuciosa tarea antropológica. Los investigadores no estamos necesariamente preparados para percibir de modo directo el mundo de lo distinto en su real diversidad, sin la mediación de instrumentos conceptuales ya probados que nos alejan de la experiencia original.

La transliteración y el análisis de las grabaciones bilingües me permitieron presentar algunos aspectos preliminares de la textualidad de cuatro relatos narrados por don Rutilio, en los que se hace evidente la sucesión de enunciados con escasa o nula elaboración discursiva. La textualidad propiamente dicha pierde complejidad en su organización y en su contenido simbólico, volviéndose sumamente esquemática como resultado de la ausencia de una práctica narrativa, efecto, sin duda, de la avanzada aculturación del grupo étnico. En alguna medida, hasta se ve afectada la coherencia y se observan fugas de ideas y mezclas involuntarias con otras historias.

El desvanecimiento de la textualidad se observa también en lo que, de un modo preteórico, podríamos llamar *lagunas*. No obstante, don Rutilio está consciente de ser un portavoz de su comunidad, sobre todo a partir de una ocasión en que le comenté que él era el hombre más rico de su pueblo, porque era el único que sabía dónde están sus raíces. Desde entonces empezó a recordar más y más historias, mitos, tradiciones, antiguas tecnologías tradicionales, pidiéndome a veces compulsivamente que encendiera la grabadora a fin de que la memoria “no se borrara del todo”, y animándose con la idea de “que al menos quede algo para los que vienen después”. Una noche soñó que regresaba a su pueblo y les hablaba a los niños en “la idioma”, ¡y le entendían!

En el transcurso de estos trabajos se hizo para mí evidente que la tarea de “rescate” de la literatura tradicional indígena no bastará, desafortunadamente, para aliviar la pobreza y el rezago de los pueblos que la producen, ni siquiera para convencer a las instituciones de que esas composiciones tienen un grado de interés y de complejidad suficientemente elevado como para que su conocimiento sea parte de la formación de un ciudadano culto. Raúl Dorra opina sobre estas realidades de un modo convincente:

Es necesario tomar con cautela la exaltación de sus valores [de la literatura indígena]. En esa exaltación suele deslizarse el paternalismo, y en el paternalismo

una cierta forma de menosprecio; en la prisa por afirmar virtudes hay a menudo la necesidad de encubrir intenciones más oscuras y la moralización, que parece inevitable, actúa en realidad como un desplazamiento de motivos. El interés por el “pueblo” se origina muchas veces en la necesidad de las clases dominantes por conservar su propia identidad (Dorra, 2008: 84) .

La extinción más o menos lenta de las lenguas indígenas sobrevivientes en México obedece a factores históricos y socioeconómicos profundos y complejos, vinculados a su marginalidad respecto de las actividades productivas y culturales dominantes. Mientras no se produzca una transformación radical de las estructuras y las relaciones sociales, el tema de la supervivencia y el desarrollo de las culturas originarias no abandonará el ámbito de lo virtual o, en el mejor de los casos, el de las buenas intenciones.

De ahí la relativa inocuidad o el simple carácter simbólico y encubridor que pueden llegar a tener los intentos oficiales de conservación y revitalización mediante progra-

mas de educación bilingüe y bicultural que quedan en los papeles, así como a través de aislados y esporádicos concursos literarios o planes editoriales dedicados a lenguas originarias condenadas a una previsible extinción.

Bibliografía

Dorra, Raúl, *Sobre palabras*, Córdoba, Alción Editora, 2008.
 Geertz, Clifford, *El antropólogo como autor*, Madrid, Paidós Ibérica, 1997.
 Jiménez Andrés, Rutilio, *Los cuentos de Don Rutilio* (introducción y transcripción de Eva Grosser Lerner), Oaxaca, Conaculta/ Dirección General de Culturas Populares, Unidad Regional Huajuapán, 1999.
 Lévi-Strauss, Claude, *Arte, lenguaje, etnología. Entrevistas de George Charbonnier con Claude Lévi-Strauss*, México, Siglo XXI, 1971.
 _____, *Mito y significado*, Madrid, Alianza, 1985.
 _____, *El pensamiento salvaje*, México, FCE (Breviarios), 1992.
 Marcus, George y Dick Cushman, “Ethnographies as Texts”, en *Annual Review of Anthropology*, California, vol. 11, 1982.
 Montemayor, Carlos, *Encuentros en Oaxaca*, México, Aldus, 1995.

